

JOSE AUMENTE

Escritor



Una crítica de la ética felipista

HAY dos hechos de plena actualidad que deberían hacernos reflexionar. Uno, es la carta firmada por Felipe González y dirigida a los ciudadanos, en la que solicita su voto, y acepta que se «pueda discrepar de algunas de las actuaciones de mi Gobierno, y que se considere que hemos tenido aciertos pero también errores». Lo que no menciona, y esto me parece significativo, es que se hayan cometido *inmoralidades*. Estas, al parecer, no existen. Regenerar éticamente la vida política española tampoco figura para nada en el «Programa electoral 93» del PSOE, ni en sus «100 medidas de Gobierno». Es decir, borrrón y como nada, desde los GAL a Filesa, pasando por Ferraz; y como *no existe*, para qué ni siquiera nombrarlo. Otro, el Manifiesto de *apoyo Personal* a Felipe González, por parte de algunos intelectuales y artistas, en el que se afirma que España lo necesita —a él, a Felipe— para «una lucha decidida contra el paro, la promoción de valores éticos y solidarios, la modernización del país y la defensa de su cultura». Tal argumento «ad hominem» me parece algo absolutamente degradante y degradado. Porque, ¿se puede por parte de intelectuales volver a las «adhesiones incondicionales al jefe», como tal jefe, más allá del partido que representa? ¿Acaso no es esto *involucionar* hacia el «caudillismo»? Por otra parte, ¿en qué conducta hasta aquí seguida se fundamentan para confiar en este «nuevo salvador de la patria»? Tal actitud, por lo tanto, es realmente alarmante en cuanto constituye un retroceso intelectual y político por parte de tan destacados personajes de la cultura española.

CRISIS ECONOMICA Y ETICA. Frente a las anteriores manifestaciones, lo cierto es que se quiera o no se quiera reconocer así, la más grave acusación que puede y debe hacerse al «felipismo» es el de las deletéreas consecuencias morales que ha producido en la vida pública española, no sólo en la político-institucional, cuanto incluso en la económico-social. El felipismo nos ha conducido a una crisis de enorme envergadura que por supuesto no es sólo económica, sino en lo fundamental, *ética*. Veamos.

El felipismo ha propiciado la quiebra de todos los valores cívicos. O al menos, no ha hecho nada por atenuar su degradación galopante. Por una parte, el índice de *participación ciudadana* en lo que no sea diversión o folklore —fiestas, romerías, Expos, etc.— y si suponga un *proyecto colectivo* de algo, ha sido y es realmente mínimo. Se ha extendido a niveles casi absolutos el *descompromiso* moral y político. Los partidos, al oligarquizarse —ley electoral, ley de financiación, ley de funcionamiento, llevadas a sus últimas consecuencias por el felipismo— han contribuido a desacreditar estos cauces de participación política. Por otra parte, las propias instituciones de *control* político —Congreso y Senado— así como las judiciales —Tribunal Constitucional, Poder Judicial, Tribunal de

Cuentas, Fiscalía General del Estado— se han degradado en su función de poderes independientes. Y, por si fuera poco, en el cuerpo social, la ética del beneficio y el lucro fácil ha hecho verdaderos estragos. La picaresca, el «sacar provecho», los enfeudamientos, la economía sumergida, el eludir impuestos, ha tenido una fácil autojustificación ante los despilfarros y corruptelas del poder político. Tanto, que podría afirmarse que la corrupción forma parte del sistema, incluso es consustancial al mismo, engrasándolo y dinamizándolo. Sin corrupción —pienso— no hubiese sido posible el tan alabado «milagro económico» del 86 al 91. En cambio la ética del trabajo, la de la disciplina, del rendimiento productivo, nunca fueron exitosas en este tiempo, tanto, que fueron despreciadas y hasta abandonadas. Y, por último, la función que debiera haber sido ejemplarizante de los políticos, ha brillado por su ausencia. El valor que supone «tener poder a cualquier precio», ha desalojado completamente al valor que implica «dar testimonio»; lo que supone una inversión gravísima para la moralidad de la vida pública. En cambio, cuando un partido tolera, no investiga, y en definitiva asume la inmoralidad de algunos de sus miembros, este partido queda en su conjunto descalificado como tal. Asuntos tan graves como los de Filesa o Ferraz —por citar algunos— no pueden pasarse por alto a la espera de unas larguísimas decisiones judiciales, cuando la *responsabilidad política* debe ser inmediata, siquiera sea por la pérdida de credibilidad que para cualquier dirigente supone la simple sospecha.

También nos han engañado al llevarnos por un mal camino. Nos han estimulado a gastar, consumir, divertimos, cuando nuestra economía era puramente especulativa, de sólo andamiaje, de fastos y de escaparate. Y ahora, casi de repente, se «descubre el pastel» —brutal endeudamiento, crisis de empresas, devaluaciones, paro, déficit público, etc.— y encima nos dicen que «vivimos tan bien» que nos invitan a repetir la misma política económica otros cuatro años. Los felipistas nos han engañado, nos siguen engañando con su programa, porque no se atreven a decirnos la verdad: que se han equivocado, que no se puede vivir de imagen, que la situación sólo se arregla con menos diversiones y más ahorro, con sacrificios y no con despilfarros, en definitiva con un cambio de todos sus planteamientos económicos.

La desorientación ideológica y la desmoralización social a que han conducido la sociedad española pone en peligro nuestro propio sistema de convivencia democrática. ¿Se han ocupado algo de una política de educación democrática? ¿Dónde un proyecto colectivo de solidaridad humana? Se han escudado en algo tan ético y resbaladizo como la «modernización», el «progreso» y la «europeización». Jamás, como mínimamente socialistas, se han preocupado de propugnar que el ideal de una vida no está tanto en el consumo, el éxito, el ganar

dinero o el adquirir poder, sino en el servicio a unos ideales que favorezcan a la sociedad. Pregunta: ¿Se ha caminado en el sentido de que cada día sean menos las injusticias, mayores las libertades, más escasas las manipulaciones o, más bien, se ha ido en sentido contrario? ¿Se ha trabajado en el camino de un proceso emancipador del hombre? Por supuesto que no hay metas fijadas de antemano, sino sólo caminos que conduzcan en una buena dirección. Pero jamás esto se ha intentado.

UN NUEVO MODELO. Mi oposición radical al felipismo radica, pues, en que pienso que habría que ir a un nuevo modelo de hacer política. Para ello, hay que superar muchas unilateralidades. Ni proyectos utópicos que son en definitiva una forma de religión secularizada, ni un individualismo posesivo, ley de la selva, darwinismo social, donde todo se compra y todo se vende, pensando en un «bien común» que ha de surgir casi por generación espontánea. Ni una ética unilateral de «convicciones» —que puede convertirse en fanatismo de graves consecuencias— ni tampoco una ética de supuestas «responsabilidades sólo electorales», que termina siendo oportunista, despreciando los medios en aras de los fines. La dicotomía de Max Weber puede superarse mediante una ética de «convicciones autocríticas», sometidas a continuas revisiones. En cambio, la ética de «responsabilidades sólo electorales», puede llevarnos a la ética de las «manos sucias», el fin justifica los medios, la aceptación de los procedimientos abyectos (GAL por ejemplo) en función de las supremas «razones de Estado». Las convicciones, en cambio, no tienen por qué ser inmóviles o dogmáticas, sino que pueden y deben ser flexibles y revisables.

Por ejemplo, la primera convicción-revisable por su propia naturaleza es la de dar prioridad a los *medios* sobre los *fines*. Y ello, por una razón elemental, históricamente verificada: los medios siempre podemos *controlarlos*, los fines son imprevisibles. El método condiciona los resultados, y ya lo sabemos así por cualquier investigación científica. Los hallazgos surgen casi por sorpresa. Ahora bien, los métodos hay que aplicarlos con mucha rigurosidad para que sean fiables. De aquí la primera convicción: Una vez fijados, los *medios* —las reglas del juego— deben ser cumplidos con absoluto rigor. En caso contrario, si no sirven, habrá que cambiarlos, pero nadie ni nada puede eximirse de su cumplimiento mientras estén vigentes. Por esto, para que una sociedad funcione tiene que haber algunas «cosas» que no sean negociables, comprables o vendibles. Entre otras cosas, los jueces, las leyes y las instituciones. Por el contrario, en nuestra «democracia realmente existente» —el felipismo— fallan muchas «cosas», que se venden, se *callan* o se *encubren*.

Por todo esto, mi discrepancia radical con el «felipismo», en abierta oposición con tantos intelectuales y artistas extremadamente complacientes que han solicitado el apoyo a su *continuidad*.

CONTRA LA CONFUSION

Es preferible la ignorancia

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

EN elecciones anteriores se abstuvieron muchos ciudadanos. Una parte de ellos sabía que su voto no podía influir en el resultado esperado. Aquellos abstencionistas «por ineficacia» —no por conciencia política— pueden dejar de serlo ahora. Su voto puede decidir que continúe gobernando el Sr. González, a quien ya conocen por sus obras, o que se inaugure el gobierno del Sr. Aznar, a quien conocen por sus compañeros históricos (Fraga, Martín Villa) y por sus liberales palabras. Sin contar la abstención técnica y la abstención política, que derivan de la imposibilidad física o mental de votar en conciencia con sentido positivo, existe un henchido grupo de indecisos que dudan a quién votar o si deben votar. La duda es un buen camino para llegar al conocimiento y un escarpado sendero para la acción. No se «debe» ser neutral ante la situación o la competición política porque, quieras o no quieras, no se «puede». De ahí que la participación activa o pasiva en el juego del poder se transforma necesariamente en un problema de conocimiento, en una táctica preconcebida para dar satisfacción al interés preferente que cada cual espere de la política. Sea, hoy, la identificación sentimental con una imagen de partido o un cálculo de utilidad personal o de grupo, mediante el voto. Sea, mañana, un ideal de justicia para la mayoría social en un sistema de veraz convivencia democrática y de respeto a todas las minorías, mediante la abstención crítica.

Por tratarse de un problema de conocimiento, la duda de los indecisos está más que justificada. Pero hay diversas clases de duda y no todas ellas merecen la misma consideración. La más noble está provocada no por la ignorancia o la desinformación, sino por la conciencia de la ignorancia. Se puede incurrir en falta de información política por negligente descuido, pero no hay otra ignorancia culpable que la de esos sectores instruidos que hacen del no saber político su profesión. No me refiero a los hipócritas o cínicos que saben lo que esperan obtener cuando votan, y hacen votar a los demás con propaganda de lo falso. Esos no son tan peligrosos —porque se les ve el provecho de sus mentiras— como la legión de profesionales cultos que, con la mejor buena fe, votan, y empujan a votar a confiantes ciudadanos, sin conocer las cuestiones más elementales de la política en general, y de la democracia en particular. Son pobres víctimas de la peor de las ideologías, la que convierte en verdad las simples apariencias, el formalismo. Confunden la realidad política con la legalidad constitucional, y ésta con la democracia. Carecen de opinión propia ante las ideas dominantes. Repiten las consignas del poder o del sistema como si fueran verdades evidentes por sí mismas. Crean en el consenso y no en la regla de la mayoría. Crean que la mayoría absoluta es mala, que la corrupción es una suma de casos personales de abuso de poder y que la tolerancia, y no el respeto, es la virtud del pluralismo social. No saben que el consenso, las mayorías relativas, la corrupción y la tolerancia son, junto con las listas electorales, las condiciones reconstituyentes de las instituciones oligárquicas en vigor.

La sociología anglosajona descubrió, en la década de los setenta, lo que el conocimiento impresionista de todo observador ya sabía. La pirámide social del analfabetismo político es inversa a la del analfabetismo cultural. La educación y la conciencia de clase elevaron en otro tiempo la participación electoral, pero hoy degradan la calidad política de su resultado. En mi primer artículo en EL MUNDO defendí la opinión de que, por estar más cerca de la verdad, el error es preferible a la confusión. Hoy quiero transmitir la idea de que, por ser más propicia al conocimiento de la realidad del poder político, de su forma de reconstituirse y funcionar, la ignorancia consciente de sí misma es preferible a un saber inconsciente que, cuando no procede de la intuición, es sin remedio un falso saber. Como se trata de ignorancia para la acción política, no hay que dar gran importancia a la diferencia entre el no saber actuar de un analfabeto y el de un sabio experto. Tan respetable es la «ingenua ignorancia» del que sabe que no sabe, y no osa meter su mano en una urna de la que desconoce lo que puede salir, como la «docta ignorancia» del que sabe que sabe demasiado, y no vota por una suerte de escepticismo «pírrónico» que paraliza su acción. El mal de estas parálisis políticas no es grave. Saldrán de la duda, y votarán a favor o en contra, cuando una opción política sea tan real y evidente como los asuntos cotidianos y familiares que acostumbran decidir. Y esta opción no está todavía presente en el campo electoral.